

864.2B
1763s

SOCIEDAD BOLIVARIANA DE MEXICO

DEPARTAMENTO EDITORIAL

ACTUALIDAD Y ELOGIO
DE
DON JUAN MONTALVO

POR

VICENTE SAENZ

(Sobretiro autorizado por la
Academia Nacional de Historia
y Geografía —Boletín N^o 7,
agosto de 1946—, para la So-
ciedad Bolivariana de México).

MEXICO, D. F.

1946

ACTUALIDAD Y ELOGIO
DE
DON JUAN MONTALVO

Trabajo leído por su autor, el señor académico de número, Prof. Vicente Sáenz, en la sesión que celebró la Academia Nacional de Historia y Geografía, el 23 de agosto de 1946.

Remite: Vicente Sáenz
Pánuco 194-2.
México, D. F.

Impreso por la Sociedad Boli-
variana de México: Apartado
Postal 10251, Sucursal 28.
Secretaría General, Pánuco
194-2, Teléfono 11-09-03.
México, D. F., agosto de 1946.

SOCIEDAD BOLIVARIANA DE MEXICO
DEPARTAMENTO EDITORIAL

ACTUALIDAD Y ELOGIO
DE
DON JUAN MONTALVO

POR

VICENTE SAENZ

(Sobretiro autorizado por la
Academia Nacional de Historia
y Geografía —Boletín N° 7,
agosto de 1946—, para la So-
ciedad Bolivariana de México).

MEXICO, D. F.

1946

EB64.2B
M763A
U

**JUNTA DIRECTIVA DE LA
SOCIEDAD BOLIVARIANA DE MEXICO**

Presidentes Honorarios:

Señor General de División don MANUEL AVILA CAMACHO, Presidente de los Estados Unidos Mexicanos.

Doctor don RÓMULO BETANCOURT, Presidente de la Junta Revolucionaria de Gobierno de los Estados Unidos de Venezuela.

Presidente Efectivo:

Doctor don ENRIQUE GONZÁLEZ MARTÍNEZ.

Vicepresidentes Honorarios:

Doctor don FRANCISCO CASTILLO NÁJERA, Secretario de Relaciones Exteriores.

General don FRANCISCO L. URQUIZO, Secretario de la Defensa Nacional.

Señor don JAIME TORRES BODET, Secretario de Educación Pública.

Coronel don JUAN JONES PARRA, Embajador de Venezuela en México.

Vicepresidentes Efectivos:

Ingeniero don FÉLIX F. PALAVICINI.

Profesor don JESÚS SILVA HERZOG.

Miembros Honorarios:

Señor don CARLOS MONTENGO, ex Embajador de Bolivia.

Señor don CARLOS ECHEVERRI CORTÉS, Embajador de Colombia.

Señor don BOLÍVAR PAREDES ZARAMA, Encargado de Negocios del Ecuador.

Señor don JORGE EDUARDO BOYD, Embajador de Panamá.

Señor don GERMÁN ARAMBURU LECAROS, Encargado de Negocios del Perú.

Señor don ROBERTO ARZÚ COBOS, Embajador de Guatemala.

Señor don CARLOS JINESTA MUÑOZ, Embajador de Costa Rica.

Secretario General

Prof. don VICENTE SÁENZ.

Tesorero:

Don EDUARDO VILLASEÑOR, Director General del Banco de México. X

Subtesorero:

Don WALDO MORALI, Subgerente del Banco de México.

Vocales:

Señor don CARLOS PELLICER.

Prof. don LUIS CHÁVEZ OROZCO.

Señor Lic. don RUBÉN E. GÓMEZ ESQUEDA.

Prof. don RAFAEL HELIODORO VALLE.

Señor don RAFAEL F. MUÑOZ.

Dr. don ANTONIO ARELLANO MORENO.

Consejeros:

Lic. don JAVIER ROJO GÓMEZ, Gobernador del Distrito Federal.

Lic. don EMILIO PORTES GIL, ex Presidente de la República y actual Presidente del Ateneo Nacional de Ciencias y Artes.

Dr. don SALVADOR ZUBIRÁN, Rector de la Universidad Nacional Autónoma. General don LUIS ALAMILLO FLORES, Director del Colegio Militar.

Lic. don ARTURO GARCÍA FORMENTÍ, Director General de Acción Social.

Dr. don ALFONSO PRUNEDA, Secretario Perpetuo de la Academia Nacional de Medicina.

Lic. don JOSÉ VASCONCELOS, ex Secretario de Educación Pública y actual Director de la Biblioteca Nacional de México.

General don JUAN MANUEL TORREA, Presidente de la Academia Nacional de Historia y Geografía.

Sistema de Bibliotecas - UCR



121448

121448c.2
20 ABR. 1972

ACTUALIDAD Y ELOGIO DE DON JUAN MONTALVO

En un florido valle de los Andes mayores, al pie del Tunguragua que a cinco mil metros de altura horada el firmamento, adormece su larga tradición, romántica y heroica, la pequeña ciudad ecuatoriana de San Juan de Dios de Ambato.

Al norte, con los reflejos del sol, hace brillar sus blancas guejas milenarias el imponente Cotopaxi. En la lejanía del sur se alza majestuoso el Chimborazo, coloso nevado de las cimas de América. Al este y al poniente saltan espumosos y acrecidos los turbiones bravíos, por entre peñones y rocas. En la fértil tierra, siempre en celo para concebir, multiplícanse los campos de labranza, manejan el arado los peones sudorosos, y hay olor de frutas maduras y música de pájaros en el intenso verdor de las praderas.

En escenario de tal fuerza y atracción nació don Juan Montalvo, el trece de abril de 1832. Nieto fué nuestro estilista de español dominador, inquieto y valeroso, que tanto se las había en Nueva Granada con el cortante cierzo de las más altas cumbres, como bajaba por el lomo de las cordilleras al paludismo y al calor del trópico.

Sosiego y dulzura conyugal logra encontrar, por fin, en la población de Guano, el fuerte andaluz Santos Montalvo. Mas como la prole fuese crecida, sin que pudiera ser bastante la heredad para dotar con largueza a doce hijos, ávidos los varones de probar fortuna, viajan, forman empresas, contraen matrimonio y se avecinan en diversas provincias del Ecuador.

El séptimo de ellos, Marcos Montalvo, después de estudiar en su poblado lo poco que a fines del siglo dieciocho se enseñaba, en humildes y remotos establecimientos religiosos, obtiene la bendición del padre; con su jovial optimismo, su guitarra y sus canciones, infunde ánimo a la pobre madre atribulada; hincó las espuelas en brioso alazán de pura sangre, y toma con decisión y gallardía las riendas de su destino en propia mano.

Buena suerte, prósperos negocios, fugaces idilios de juventud, firmes y provechosas amistades, granjéale su carácter al arrogante criollo. Hasta que detiene su marcha frente al altar.

Vino la novia de finca cercana situada en Quinchicoto. San Juan de Dios de Ambato será su residencia. Allí, en amplia casona solariega, van naciendo los hijos. El menor de ellos, Juan María Montalvo y Fiallos, habrá de ser con el tiempo uno de los más notables escritores del habla castellana.

* * *

De la prodigiosa geografía que vivió y sintió el ilustre polemista, en su niñez y parte de su juventud; de la lujuria exuberante de la zona tropical; de los panoramas indescritibles que le "imprimieron carácter" a su conciencia, y a lo que hoy se llama subconciencia, escribió el propio Montalvo disculpándose—según afirma don Rufino Blanco Fombona—de haber continuado el **Quijote en los Capítulos que se le olvidaron a Cervantes:**

"El espectáculo de las montañas que corren a lo largo del horizonte y obscurecen la bóveda celeste, haciendo sombra para arriba; los volcanes estupendos que se levantan en la Cordillera, de trecho en trecho, cual fortificaciones inquebrantables erigidas allí por el Omnipotente contra los asaltos de algunos gigantes de otros mundos, enemigos de la tierra; el cielo azul en cuyo centro resplandece el sol desembozado, como el rey de los astros; las estrellas encendidas en medio de esa profunda pero amable obscuridad que sirve de libro, donde se estampa en luminosos caracteres la poesía de la noche; los ríos que se abren paso por entre rocas zahareñas, y despedazándose en los infiernos de sus cauces, rugen y hacen temblar los montes; estas cosas infunden en el corazón del hijo de la naturaleza ese amor compuesto de mil sensaciones rústicas, fuentes donde hierve la poesía que endiosa a las razas nacidas para lo grande".

Sol brillante de los trópicos; fecundas selvas equinociales; torrentes maravillosos, que con el estruendo de sus caídas pareciera que están lanzando un reto a las del Niágara; elevadas crestas y profundos abismos: toda esta grandeza forjó, no cabe duda, el carácter extraordinario, el espíritu recio y apasionado de don Juan Montalvo.

Años antes, en aquel mismo escenario, atravesando cumbres y saltando abismos, remontándose como pegasos, los próceres de la espada habían podido consumar la gesta máxima de la independencia americana. Cumplida o fracasada en parte la misión de los guerreros; rota la unidad que habían soñado; desatadas las bajas pasiones de algunos lugartenientes de inferior categoría, surgen en nuestro medio los grandes maestros del idioma, quienes se esfuerzan por cumplir su alta misión, intelectual y ética.

Bolívar es su padre. La pluma sigue a la espada con parecidos fulgores. Boyacás y Carabobos, Pichinchas y Ayacuchos, son las páginas orientadoras de esas mentes privilegiadas, de esos varones nobilísimos, entre los que ocupa lugar de primera fila el autor insobornable de las **Catilinarias**.

* * *

Por los años de 1838 a 1845 Francisco Montalvo, hermano mayor del pequeño Juan María, ha hecho brillante carrera universitaria en Quito. Se le quiere y se le respeta como doctor en jurisprudencia y como catedrático de Humanidades. Empieza a ocupar, por otra parte, sitio destacado en la política del país.

Ocupar sitio destacado en la política hispanoamericana durante aquellos años caóticos—y todavía en este siglo de barbarie supercivilizada—, por lo menos en algunos feudos, ya sabemos lo que significa:

¡De un alto puesto a la penitenciaría o al cementerio, según vaya la montonera! ¡De muchos honores mientras se disfruta del poder, aplausos, vivas y genuflexiones profundas, a la abyección y al denuedo! ¡De una sabrosa curul legislativa a las amarguras y miserias del destierro, exceptuando a los antecesores de ciertos políticos de nuestra fecha, que siempre han tenido **previsión y provisión** para distraerse y consolarse en el exilio! Y cuando da vueltas la rueda, a golpes de arcabuz o de machete, otra vez los de abajo arriba y los de arriba al suelo, con variedad abundante de matices en las amenazas, los ultrajes y las persecuciones.

Cosas como éstas sufrió el doctor Montalvo, adversario rotundo de la Constitución florista o florecana de 1843, conocida por "Carta de Esclavitud"; defensor acalorado de las normas democráticas; liberal como su padre, quien durante las guerras de independencia había luchado abiertamente por la República, logrando salvarse milagrosamente de la inmisericorde venganza de los realistas fernandinos.

Si Marcos Montalvo tuvo que escapar hacia la costa en 1820, ser víctima de numerosas peripecias y ocultarse en Guayaquil, su hijo primogénito corre igual malaventura 23 años después—como acaecerá también con el menor de la familia—, bregando todos ellos por ideales de civilización, de libertad y de progreso. El catedrático de Humanidades es lanzado a la expatriación por el gobierno del General-Presidente Juan José Flores, antiguo soldado de Bolívar y futuro brazo derecho de García Moreno. ¡El señor general Flores, aguerrido y brillante militar venezolano, ya no creía, ni muchos menos, en las doctrinas avanzadas del Libertador!

Pero da vuelta la rueda. Tiene Flores que dejar el mando y toman el poder los liberales. Regresan los desterrados, entre ellos el doctor Montalvo, todavía débil y enfermo por el calor del trópico y la fiebre amarilla que lo hizo su presa en Guayaquil. Ahora es diputado por Pichincha; se le nombra Secretario de la Convención Nacional de 1845; y el Presidente Roca, en demostración de aprecio y gratitud, lo retiene a su lado con altas posiciones de confianza.

El adolescente Juan María acaba por esos meses de cumplir trece años. Poco ha podido enseñarle en la desmantelada escuela de San Juan de Dios de Ambato, aparte del catecismo y las primeras letras, el sufrido y bonachón maestro Romero, quien más entendía de manejar la fusta y la palmeta para escarmiento de niños revoltosos, que de complicados sistemas educativos no puestos a la sazón en boga.

Al pasar el doctor Montalvo por la ciudad de Ambato con dirección a Quito, sugiere al padre la necesidad de llevar consigo al Benjamín, ya que su inteligencia y su discernimiento bien ameritan una educación más esmerada. Don Marcos que ya está en la madurez de los sesenta, que ha podido hacer con su trabajo regular fortuna, invertida en su establecimiento comercial, en su hacienda de Baños y en sus huertos de Ficoa, quisiera conservar en la casa a Juan María, quien ya le ayuda con los libros y otros menesteres del negocio. Está de acuerdo, sin embargo, en que el despierto mozo siga las huellas de sus hermanos mayores en los colegios de la capital.

En 1846 ya tenemos al ambateño como alumno de secundaria en el Colegio de San Fernando. En 1848, con diploma de haber terminado satisfactoriamente sus estudios de latinidad, y con mención honorífica por haber observado conducta irreprochable, se matricula en el Seminario de San Luis. A este benemérito plantel de los jesuitas se le considera, desde la época colonial, "como el primero de estos reinos, así por lo bien organizado como por la calidad y el número de los alumnos".

En mayo de 1851 se gradúa de "Maestro en Filosofía", con las más altas calificaciones. Ingresa después en la Universidad de Santo Tomás de Aquino, pero la muerte de su hermano y protector en noviembre de 1852, y la de su padre en agosto de 1853, lo mueven a dejar sus estudios y sus valiosas amistades de Quito, cuando entra apenas en la mayoría de los veintiuno. Con buen acopio de libros y apuntes, alterna entonces su tiempo entre la plácida tranquilidad de Ambato, los árboles frutales de Ficoa y la naturaleza pródiga de la finca de "Puntzang" en Baños.

Casi cuatro años pasará Montalvo en su soledad de los Andes, rodeado de sus familiares, de humildes campesinos y de sus amistades de Ambato. Lee constantemente a los clásicos antiguos, a los grandes poetas del Renacimiento, a los enciclopedistas, a los autores castellanos de la edad de oro, a Shakespeare, a Víctor Hugo y a Lord Byron.

Recordando ese período de su vida, que apenas interrumpe de tarde en tarde para dirigirse a la capital en busca de nuevos libros, escribirá el propio Montalvo: "Habían pasado ya por mis horcas caudinas las Vidas Paralelas de Plutarco, las Décadas de Tito Livio, los Doce Césares de Suetonio, la Vida de Alejandro por Middleton, y otras muchas obras por el estilo".

De estos grandes maestros y de sus hondas meditaciones frente a la majestad de la naturaleza que lo rodeaba, aprendió Montalvo lo que daríale fama y prestigio en su carrera de escritor, así como la augusta serenidad de los hombres superiores en el calvario de su apostolado. Pero esa misma naturaleza y mentores tan esclarecidos harán su carácter irritable y taciturno, porque ya no cabe en el ambiente conventual de Quito, y porque siente la obligación y la responsabilidad de enfrentarse a los ultramontanos y a los hombres de cuartel que dominan en su patria.

A mediados de 1857, gracias al prestigio y a la influencia política de su segundo hermano, Francisco Javier, extiende nombramiento el Ministerio de Relaciones Exteriores a favor del joven Juan Montalvo, como adjunto a la Legación de Italia, y posteriormente como Secretario en París. Viaja entonces por las principales ciudades del antiguo continente, se sumerge en las ruinas de la vieja Roma, se extasía en Florencia, llega hasta Venecia, sigue para España, concurre en París a tertulias literarias, se hace amigo de Lamartine y de otros escritores y poetas, pero una intensa nostalgia lo hace pensar en el regreso a sus tierras de Baños y a sus huertos de Ficoa.

Desde París escribe a su hermano en los últimos meses de 1859: "Es inútil repetirte que sólo un vehemente deseo de aprender y de hacer alguna cosa, puede detener en París a un hombre razonable: esta algazara sin término, esta agitación y este bulli-cio, me llenan de angustia y de fatiga".—"Supongamos que hay goces; ¿pero quién es el que no se cansa? Yo no soy constante sino en mis buenos sentimientos, y los placeres que no nacen del corazón son para mí maldades, o ridículas ficciones que desprecio y aborrezco".—"Es cosa convenida que en París no hay corazón; y el que tratase de hablar de sentimientos, no haría otro papel que el de un inocente provinciano. París es una sirena: dice mucho a los ojos; mas su aliento emponzoña y acarrea la muerte".—"Alzo la vista, y ella no pasa de ese paredón inmenso que me cierra

el horizonte; quiero aire, quiero luz, quiero silencio, tengo que hacer un viaje para encontrar el campo. Aquí no veo una montaña, aquí no puedo pasearme por una colina solitaria, en donde tenga sentimientos dulces, en donde sienta esa pacífica melancolía, que nunca deja de ser un bien, en vez de este fastidio, esta inquietud, este malestar que nos persiguen por cualquier parte". —"Tú me conoces, o más bien no me conoces. Callado entraba siempre a casa y allí buscaba la soledad. Pero sabía que estaba entre los míos, y ese misántropo intratable, estaba lleno de amor y de cariño por su familia y por su amigo. Nunca lo he dicho a nadie, verdad; pero las palabras no son siempre pruebas de los sentimientos, y esas calladas afecciones son más bellas, porque tienen el mérito del sacrificio".

Tocante a la religiosidad de Montalvo, para los que le acusaron y aún le acusan de rojo y descreído, bien vale la pena reproducir los párrafos siguientes sobre la Catedral de Nuestra Señora de París: "Inexplicable impresión me causó ese edificio misterioso; desde luego su pórtico es imponente, y bien se conoce que son muchos los años que pesan sobre el domo inmenso. Con cierto temor y sagrado respeto penetré en las naves. ¡Qué emociones las sentidas! Parece que allí se respira un aire sagrado, y el espíritu se conmueve de tal modo que si un ateo entrara en ese templo, saldría con el corazón y el pensamiento llenos de un Dios que no había sentido antes. La majestad y la grandeza del recinto; su silencio, solamente interrumpido por las prolongadas vibraciones de una campana, que invita a la plegaria; aquella lámpara que despide una luz rojiza y apagada; este sollozo comprimido que sale detrás de una columna, son cosas que causan una impresión profunda en el corazón naturalmente triste de un extranjero, que busca los lugares solitarios".

A principios del 60 resuelve presentar ante el Ministro Plenipotenciario la renuncia de su cargo; pide que se le cubra únicamente la mitad de sus emolumentos, y solicita que se le resuelva su situación para regresar al Ecuador. En esos mismos días escribe otra vez a su hermano:

"Yo, habituado a la cuadra, ¿cómo estaré aquí? Ni veo un cayambe a lo lejos, ni un ejido verde se extiende a mi vista, ni una acequia de agua viene rodando del cerro, ni un árbol en torno mío, ni una flor, ni aire libre, ni sol en el invierno, ni sombra en el verano, ni nada, oh Dios, ni nada. Venir acá de nuestro espacio y nuestra libertad y nuestra luz de América, es lo mismo que bajar del mundo al limbo"—"¿Qué me importan esos soberbios e inmortales puentes por los que he pasado de una a otra nación? Más emociones sentiré cuando vuelva a pasar balanceando y vacilante el palo de la acequia de Ficoa, o un arrayán

caído que había en un arroyo de "Puntzang". Por ahora más pienso en Baños que en Roma, y con mucho más gusto volvería a ver al infeliz negro Benito con su cotona de jerga y su carga de leña, que al Pontífice en persona con sus atavíos escarlata y su cayado de oro".

* * *

Quebrantada la salud, terriblemente enflaquecido, melancólico y nervioso llega el joven don Juan de regreso al Ecuador, en 1860. En esos mismos días acababa de afianzar su autoridad en el antiguo reino de Atahualpa don Gabriel García Moreno, después de derrotar en Guayaquil al inescrupuloso y turbulento militar Guillermo Franco. A partir de esa fecha hasta su muerte en 1875, habrá de ser García Moreno el amo y señor de la tierra ecuatoriana. "Hay en usted elementos para héroe y para tirano", escribe Montalvo desde su retiro de enfermo al poderoso, el 26 de septiembre de ese año. Y agrega en impetuosa carta, con mucho de juvenil ingenuidad que hará sonreír al dictador:

"Salgo apenas de esa edad de la que no se hace caso y, a Dios gracias, principio abominando toda clase de indignidades". "No piense usted en Rosas, ni en Monagas, ni en Santanna sino para detestarlos; acuérdesese de Hamilton y de Jefferson para venerarlos; eso será ya una virtud, un buen augurio". "Dimita usted ante la República el poder absoluto que ahora tiene en sus manos; si los pueblos en pleno uso de su albedrío quieren confiarle su suerte, acéptelo, y sea buen magistrado; si le rechazan resignese, y sea buen ciudadano". "Algunos años vividos lejos de mi patria, en el ejercicio de conocer y aborrecer a los déspotas de Europa, hanme enseñado al mismo tiempo a conocer y despreciar a los tiranuelos de la América española. Si alguna vez me resignara a tomar parte en nuestras pobres cosas, usted y cualquier otro cuya conducta pública fuera hostil a las libertades y derechos de los pueblos, tendría en mí un enemigo, y no vulgar".

Este reto de Montalvo cristaliza años después, al terminar el primer período dictatorial de García Moreno, en **El Cosmopolita**, cuya aparición en enero de 1866 provoca las más opuestas reacciones en la ciudad de Quito. García Moreno y el grupo poderoso de los fanáticos y de los reaccionarios, con un gobernante que será provisional, siguen dominando al Ecuador. Para ellos y para la gran masa del público, incluso para los intelectuales de la época que le niegan preparación y talento de escritor, Juan Montalvo no es más que un hereje, un ambicioso vulgar, un "zambo tullido" después de sus viajes sentimentales por Europa, según soneto que hizo publicar el propio ex Presidente García Moreno, cuya paternidad se le adjudica y que termina en esta forma:

**¡Oh tiempo mal perdido! ¡Oh desengaños!
dejar las tunas, el nopal, la sierra
por variar de costumbres y de teatro;**

**Y tras tanta fatiga y largos años,
regresar de cuadrúpedo a su tierra
quien, yéndose en dos pies, ¡volvióse en cuatro!**

Contesta Montalvo a esos ataques, aunque trata de aparecer sereno, con palabras de indignación y de protesta. Será necesario recordar que, coincidiendo con los cinco primeros años de la dictadura morenista, había sufrido nuestro torturado escritor un intenso y doloroso drama, con su mal avenido casamiento, porque el apasionado amor de los amantes no pudo ser la mutua comprensión ni la abnegada solicitud del matrimonio. Tasca Montalvo sus personales sinsabores: disimula, hasta donde puede, las palabras soeces que le endilga la reacción; y sigue publicando sus entregas de **El Cosmopolita**, en diversas épocas según lo permiten sus recursos, hasta 1869 en que de nuevo toma el poder García Moreno, y tiene su adversario que expatriarse para salvar la vida.

Juzgo indispensable reproducir unos pocos párrafos de esa histórica publicación, en los que se reflejan el pensamiento y la personalidad rebelde del estilista ecuatoriano. Escribió Montalvo en el primer número, cuando García Moreno, aparentemente, había dejado el mando:

"Mucho es que ya podamos exhalar en quejas la opresión en que hemos vivido tantos años; mucho es que no hayamos quedado mudos de remate a fuerza de callar por fuerza; mucho es que el pensamiento e ideas de los ciudadanos puedan ser expresadas y oídas por los ciudadanos. La tiranía también se acaba, sí, la tiranía también tiene su término; y a veces suele ser el más corto de todos, según dicen los profetas: "Vi al impío fuerte, elevado, como el cedro: pasé y ya no le vi; volví y ya no le encontré". Ahora nos falta que no vuelva, en el cual santo deseo Dios está para ayudarnos".

"Escribamos, hablemos, levantemos el ánimo de nuestros abatidos compatriotas a mejores deseos y más honrosos pensamientos. Cumplamos los deberes de ciudadanos exigiendo la realidad de nuestros derechos, obedeciendo las leyes, llenando las obligaciones que se derivan de ellas, y procurando con el influjo de la pluma corregir las costumbres sociales, malamente estragadas en el decurso de estos años. Esperamos con alto fundamento no hallarnos en la necesidad de entrar en la estacada para combatir violadores de la Constitución, desconocedores del derecho ajeno,

holladores de los Códigos que reconoce la República. Don Gabriel García Moreno no es modelo de imitarse para quedar bien con Dios y con los hombres."

"García Moreno ha dejado el mando, es cierto; pero con él no se le acaba su carácter, ni los ímpetus de su genio son menos de temer. Siempre es audaz, siempre arrojado, siempre poderoso de su persona, y, según es lengua, diestro en el manejo de las armas. ¿Será de cobardes irritarle con la verdad y arrostrar su ira? La cosa es clara: nadie que no esté firmemente resuelto ni se sienta con ánimo para morir de sus manos, o para matarle en propia y natural defensa, habría de ir a echarle el agraz en el ojo."

"Si en nuestras manos estuviera la suerte de don Gabriel, le pusiéramos cortésmente en la frontera, siguiendo el consejo de Platón, aunque no se trate de un poeta; no montado sobre un asno, no con pozas, ni con grillos, objeto de vilipendio; pero tampoco adornado de coronas y laureles, sino urbana, humana y generosamente, cual a hombre de nota que supo hacerse "nombrar", si bien por el mal camino, persona de alto lugar y puesto. Y esa honrosa expatriación que impondríamos a don Gabriel, no sería pena ni obra de la venganza, sino conveniencia suya y de la nación, atento a que su alma inquieta y rudas afecciones no se acomodarán a dejarlo en paz como conviene, y al fin y al cabo darán al traste con él o con la patria. Si así como se deja llevar a esos malévolos empujes, se dejase alumbrar por un rayo de sabiduría, él mismo, de su bella gracia, tomaría el camino de Europa, y allá se fuera a desplegar sus talentos, que les tiene para sabio y no para magistrado."

A veces, sin embargo, no puede el polemista contener su ira, sobre todo cuando le dicen partidario de Urbina o de cualquier otro caudillo. "Desprecio tanto a los urbinistas como a los morenistas—exclama—si no les gobierna el pundonor; y tanto sería de los unos cuanto de los otros, si la dignidad echase raya entre ellos. Nunca tuve empleo con Urbina, ni lo conocí personalmente sino después de su caída. El no insultar cobarde a un hombre ausente, hombre en desgracia, proscrito, no es escribir como urbinista. El sacar a las barbas del mundo los desafueros del tirano, casi reinante todavía, en su presencia y en su poder, es escribir no como "urbinista" sino como adicto a la verdad y a la filosofía, que en poco tiene la vida y en menos la muerte".—"Una idea, un principio podrá servir de bandera a un partido; un hombre jamás, sino a los pobres de espíritu. Patria, libertad, honra, he aquí mis caudillos; fuera de ellos no tengo bandera".

Dirá por fin a sus más procaces enemigos: "Si éstos caen en mi pluma, quedarán en tiras, en hilachos; y si es preciso que

caigan en mis manos, les obligaré a bofetones a ser hombres. ¿No saben que hay mucha diferencia entre las pobres gentes afe-
rradas a la vida y los que la desprecian? El león es generoso; pero si lo hieren alevosamente, ruge, salta, devora, vende cara su vida. Podrá caer, pero será sobre otros”.

Cabe aquí recordar que fué también **El Cosmopolita** fragua perennemente encendida de americanismo fervoroso. En sus columnas condenó Montalvo el bombardeo de Valparaíso por la flota española. Defendió en forma brillante al México de Juárez, que se había enfrentado valerosamente a la invasión francesa, y que culminó con el fusilamiento de Maximiliano; estigmatizó, en suma, todo movimiento, militar o diplomático de las grandes potencias, que significara agresión a los pueblos hispanoamericanos, o mengua de su integridad territorial y de su soberanía.

¡Cuánto nos hubiera servido la pluma de don Juan Montalvo en los comienzos de este siglo, allí donde dictaduras y presidencias de nuestros pueblos aherrojados, se asociaban con empréstitos y concesiones, marinos “constabularios” y tratados humillantes! ¡Cuánto, si hubiera podido asistir a la tragedia de algunas repúblicas hermanas, ocupadas por fuerzas extranjeras! ¡Cuánto, si alentase su espíritu indomable en esta época de congresos mundiales, de congresos de paz de las grandes potencias, en que se ignora al conglomerado lealmente revolucionario y democrático de nuestra América!

Ya hemos visto de qué manera admiraba el gran ecuatoriano a Hamilton y a Jefferson, precursor este último de Lincoln, en su lucha victoriosa contra la esclavitud. Con ellos estaba Montalvo, como estaría con la política de buena vecindad del Presidente Roosevelt. Esa sería su tesis, y la tesis de los libertadores. ¡Pero cómo fulminaría su pluma contra toda clase de imperialismos, contra cualquier humillación de nuestros pueblos, contra el afán de lucro y la **incapacidad moral** de ciertos estadistas de nuestra raza, a cuyo **debe** cargará la historia el hambre, la miseria, la ignorancia y la desesperación de cien millones de hispanoamericanos!

* * *

No era **incapaz moral** García Moreno. No era hombre a quien pudiera sobornar ningún banquero ni atraer con sus ofertas ningún concesionario. Fué tirano, pero no tiranuelo; dictador—según escribía el propio Montalvo—, pero de estatura aventajada, hasta donde no puede llegar ni comparársele el actual torturador del alma hispánica, por mucho que se les busque parecido, general a la caverna don Francisco Franco. “Como Sarmiento para Rosas—

ha escrito José Enrique Rodó—, Montalvo para García Moreno". Y estudiando el caso concreto que nos ocupa, dice a continuación el insospechable autor del **Mirador de Próspero**:

"De cuantos despotismos han pesado sobre la América española, éste del gobernante ecuatoriano es de los que ofrecen más originalidad y carácter. Tuvo por fundamento la intolerancia religiosa, y el hombre que concibió e impuso a su pueblo esa monstruosidad reaccionaria, distaba mucho de ser un hombre vulgar, ni por la calidad de la energía ni por las prendas del entendimiento. Hijo de noble cuna, realizado por su esfuerzo propio, en prestigios cívicos y sociales; dueño de una cultura superior, largamente acendrada en viajes por Europa, don Gabriel García Moreno pasó a ser triunfador y Presidente desde una cátedra de la Universidad. No era malvado por instinto, ni por ambición groseramente egoística. Era fanático religioso, y ésta es la raíz de su maldad, porque es la clave entera de su personalidad de obsesionado."

Bajo el dominio de un mandatario con semejante obsesión, que no se detuvo en privar de la ciudadanía a los que se negaran a practicar los dogmas y sacramentos de la Iglesia, tenía que ser el Ecuador feudo del alto clero romano, refugio de instituciones monacales, paraíso de arzobispos y obispos como los que han firmado, en nuestros días, increíbles cartas pastorales contra el pueblo católico español, en apoyo indirecto del ya desaparecido régimen totalitario de Hitler y de Mussolini.

Para García Moreno, en todo y sobre todo, censura eclesiástica, inquisición oficial. Pareciera que se habían puesto de acuerdo la cruz y el cadalso. Tal el hombre cuyo despotismo combatió Montalvo heroicamente, en su patria primero, en el exilio después; y tal el medio—obscuridad y regresión—que con los destellos de su pluma trataba de iluminar el formidable luchador.

La hipocresía, la intolerancia religiosa, el fanatismo convertido en azote, el abuso de la fe católica, el materialismo de cierta clase de clérigos: esos fueron los vicios, los grandes males que combatió Montalvo. Se le repitió el cargo de herejía, no importa que hubiese respetado siempre los principios de la religión; se insistió en difamarlo, se le llenó de improperios, se le excomulgó; y siguiéndole la persecución al ostracismo, el puñal y el veneno estuvieron repetidas veces a punto de acabar con aquella vida sin doblez, íntegramente dedicada a defender altos ideales y principios generosos, por los que continúa luchando el sér humano.

Sería labor de muchas páginas seguir en todos sus aspectos la vida y la obra de Montalvo. Baste decir que en su destierro de seis años, hasta la muerte de García Moreno en 1875, sufrió

indecibles amarguras y no pocas decepciones, ocasionadas a veces por sus propios compañeros de expatriación, entre ellos Ignacio Veintemilla y algunos otros políticos oportunistas, que bien cabrían en lo que ya se dijo antes sobre **previsión** y **provisión**.

Accaudalados como estaban ellos para holgar y divertirse, dieron en criticar las urgencias económicas del escritor, en lo cual han insistido algunos de sus biógrafos. Cabe declarar sobre este punto que dificultades y penurias como las que tuvo que resolver Montalvo en Europa, con el auxilio de familiares o amigos, no lo fueron para el despilfarro, los placeres del cuerpo, el vicio ni las extravagancias de los rastacueros. Ponía él su trabajo, su preparación y su talento en batallas incesantes por la libertad del Ecuador. ¿Era mucho que los que estaban lejos de la patria le ayudaran, ayudándose a sí mismos; y que contribuyeran en costear la obra del polemista extraordinario que dedicaba todo su tiempo, no a defenderlos a ellos—es verdad—sino a denunciar y combatir la dictadura?

Desesperado por su situación precaria escribía desde Niza, en septiembre de 1869, a uno de sus mejores amigos: "...La última peseta me la he comido ya. ¿Qué le diré al dueño de la casa el día de la próxima cuenta? Nunca había yo pensado que el destierro tomase tan horrible forma: los amigos, los partidarios de una misma causa, deben repartirse el hambre y la comedia como hermanos; para los proscritos de la misma patria, cada uno de ellos debe ser persona sagrada. Pero no lo entiendo así el duro corazón de los ecuatorianos: habiéndome dirigido casi con ternura en París, al que yo tenía por el mejor de todos (se refiere al Arzobispo Checa y Barba), salí mal. Si el hijo de Jesucristo obra con esa misericordia, ¿qué serán los impíos?"

Se le ha criticado por tan merecida y por otras quejas o censuras de igual tenor, no obstante su desprendimiento cuando los libros que logró editar le pusieron en situación de socorrer, por su parte, a los que posteriormente se pondrían en contra suya, acaso porque sólo buscaban la facilidad del alto puesto, en donde no era posible que los siguiera y alentara la fuerte reciedumbre de Montalvo.

Su modo de ser reconcentrado, poco sociable, silencioso; su austeridad y su misantropía; su natural inclinación al aislamiento y al amor de sus papeles, no habían menester de pedirle nada a nadie. De sobra hubiera tenido para vivir tranquilo—si el egoísmo y el reposo de la sumisión fueran su norte—con mantener y mejorar la heredad de sus mayores en Ambato, o los vecinos huertos de Ficoa, o la hermosa hacienda de sus familiares en la cercanía de Baños.

Y aun le hubiera alcanzado, como a cualquier escritor canijo, para dedicarse a producir obras netamente literarias, sin complicaciones ni peligros; es decir, para buscar plácido acomodo en lo que suele denominarse "la cultura por la cultura y el arte por el arte", vieja **fórmula neutra** de los que no quieren asumir su responsabilidad mental, ni su responsabilidad moral ante la vida.

En estas cosas debieron haber pensado los malquerientes de Montalvo en el siglo diecinueve, y los que todavía le quedan en mitad del siglo veinte, para no caer en juicio temerario.

* * *

El 6 de agosto de 1875, en vísperas de proclamar una vez más su reelección el dictador García Moreno, cuatro jóvenes estudiantes completaron la obra intelectual de Montalvo, con certeros disparos y afiladas hojas de puñal. La labor del escritor en **El Cosmopolita**, hasta que fué suprimido por la tiranía; sus posteriores prédicas durante casi seis años de penoso retiro en el pueblo colombiano de Ipiales, así que regresó de Europa; **La Dictadura Perpetua**, su famosa y encendida réplica de 1874 al "Star and Herald" de Panamá, que patrocinaba la reelección del poderoso mandatario ecuatoriano, habían dado su fruto. Y pudo entonces exclamar el fiero combatiente: "Mi pluma lo mató".

Desaparecido el déspota siguió empero su sombra gobernando al Ecuador, en la administración infortunada de don Antonio Borrero. De nuevo en Quito, puede advertir don Juan que no habrá reformas a la Constitución teocrática de García Moreno, y que no será posible obtener leyes y procedimientos efectivamente liberales, hondamente humanos, civilizadores, como fruto de tan amargas experiencias y de tantos y tan dolorosos sacrificios.

Establece a continuación **El Regenerador**. Vigoriza con su propaganda y con su prestigio el movimiento contra la ineptitud manifiesta de Borrero. Se vale del sarcasmo y de la ironía para combatir a funcionarios mediocres, con pretensiones nobiliarias. Señala otra vez la complicidad de la mitra y sus acólitos con aquel estado de cosas, hasta que empieza a desmoronarse el régimen ante el empuje de la revolución liberal.

Mas he aquí que de la caída de Borrero se aprovecha el anteriormente citado general Ignacio Veintemilla, militar audaz e ignorante, del brazo del ex Presidente José María Urbina. El golpe se ha dado en Guayaquil a mediados de septiembre de 1876. Urbina trata de atraerse a Montalvo; pero el gran rebelde, tras de reñir a injurias con el viejo político, abandona el aposento en que se reúnen. Veintemilla, temeroso de tan irreductible ad-

versario, lo hace tomar preso y manda que lo embarquen con rumbo al norte. El barco lo deja en Panamá, sin un centavo, sin amigos, expuesto a sufrir de nuevo privaciones y miserias. Colabora mientras tanto en algunos periódicos, recibe algún auxilio de sus familiares, abogan por su retorno a la patria tres o cuatro liberales influyentes, entre ellos el futuro e inolado caudillo Eloy Alfaro, quien por esos días se encuentra en Guayaquil.

Regresa entonces Montalvo, pero no se queda en Quito ni espera proposición ninguna del régimen de Veintemilla. No puede aceptar nada del hombre cuyas costumbres disolutas había conocido en Europa, y que al cabo de los años más se tuerce que endereza. Para darse idea de cómo anda la democracia en el Ecuador a esa fecha, de cómo se tiene respeto por la libertad del prójimo, dirá Montalvo en su clásico estilo que "a quienes concitan la ojeriza del tiranuelo, éste los manda moler a palos dejándolos por muertos". Y se retira nuevamente a su viejo refugio de Ambato, al silencio imponente y augusto de los Andes.

Peró como en el transcurso de 1877 y en los primeros meses del 78 pareciera haber propósitos de enmienda, con anuncios de asamblea constituyente, elecciones populares y respeto al sufragio público, resuelve Montalvo salir otra vez a la brega con **El Regenerador**. Pide en sus columnas "hombres de luces y de virtudes, de juicio recto, espíritu elevado, ánimo vigoroso, temperamento firme, que sepan a lo menos cuál es su encargo y cuáles sus deberes en la asamblea; hombres de bien, aunque no hábiles en la elocuencia; y aunque no sabios y filósofos, dueños por lo menos de los conocimientos indispensables para el objeto con que se han reunido".

Aclara, respecto a la elocuencia: "Hemos dado en la flor de atribuir la palma de la elocuencia a cualquier representante o histrión que echa los bofes con los gritos, y se vuelve pedazos por hacerse admirar del auditorio. El que nada sabe acerca de una materia, ¿cómo ha de hablar de ella? Le faltan las ideas, y donde no hay ideas no ocurren las palabras. Palabras sin fundamento, sin razón, sin sentido, son necedades o locuras. Los insensatos no dejan de hablar; los tontos hablan también, mas esto no es hoja de servicios suficiente para que les hagamos senadores o representantes de la nación".

No obstante que los viejos conservadores de García Moreno, los llamados liberales de Veintemilla y las autoridades eclesiásticas están en contra suya, se sostiene don Juan en la lucha hasta su nueva y definitiva expatriación en 1879. Rechaza el cargo de diputado por la provincia de Esmeraldas, porque está convencido de que la corrupción y el despotismo dominan en la legislatura y en los demás organismos del Gobierno. Cerrado **El Regenerador**

en agosto del 78, publica todavía varios trabajos filosóficos y algunos panfletos, entre ellos el que defiende a Eloy Alfaro, queriendo contrarrestar en esa forma la ya inevitable perpetuación del nuevo dictador en el poder. Comprende, sin embargo, que todo es inútil, y así lo hará saber en esta frase:

"Despechado no, pero sí me voy desconsolado y triste. De la tiranía hemos caído en la barbarie, de la sangre en las tinieblas: para el hombre de pundonor, no hay patria donde reine la servidumbre con todos sus vicios". Ya bullen en su cerebro las **Catilinarias**, que ha empezado a escribir oculto en Baños y en otros lugares de la cordillera, y que seguirá esbozando en la finca de algunos de los familiares que aún la quedan en Guano, la lejana población en que radicó su abuelo y donde nació su padre.

De un lado para otro, vigilado y perseguido por los soldados de Veintemilla, van transcurriendo los meses. Se acercan los últimos días de 1879. "En la casa que perteneció al difunto Marcos Montalvo—escribe Gustavo Vásquez Hurtado, cuya biografía del ilustre ecuatoriano me ha dado tanta luz como las páginas de Oscar Efrén Reyes, Agustín Yerovi, Gonzalo Zaldumbide y el epistolario que publicó Isaac J. Barrera—, se nota una agitación inesperada. Los sirvientes transportan las maletas y arreglan los correajes de las faltriqueras, mientras las cabalgaduras esperan impacientes en el patio empedrado. Pronto aparece envuelta en la penumbra la silueta de Juan Montalvo, quien se aleja esta vez y para siempre a su destierro. Algunos amigos y los miembros de su familia han venido a despedirle. Tiende el brazo a sus sobrinos y deja las últimas advertencias a los pocos adictos que le quedan:

"Si Pancho llega a ser hostilizado—dice a César Montalvo— dile a tu madre que no haga empeños para solicitar su libertad. Mi padre y mi hermano primogénito fueron leones, y no debe ponerse en contingencia nuestro fundado orgullo."

Uno de sus sobrinos, Ricardo Flores Montalvo, se le acerca pesaroso y le entrega un paquete:

—Mamá se lo manda—le dice—. Montalvo lo abre. Es una bolsa que contiene monedas de oro.

—No las acepto, hijo mío—exclama—. Dios cuidará de mi viaje. Tu pobre madre necesita más que yo ese dinero.

"Protegido por la obscuridad monta en su cabalgadura. El camino que le espera es largo y pedregoso; pero le acompaña su amigo José Rumazo. Toman el rumbo del norte, pues se encaminan a Ipiales. Atrás van quedando las sombras alargadas de los árboles, las siluetas de las montañas onduladas, la vega calurosa con sus huertos y sus frutas. Atrás quedan también las tierras de Ficoa, en cuyos recónditos parajes alimentó sus amores, ambiciones y recuerdos".

La peor de las revoluciones llamará Montalvo a la de 1876, que sirvió para que Veintemilla se quedara en la presidencia durante siete años. Y no tendrá inconveniente en proclamar: "Para lo que ha sucedido en el Ecuador después de la muerte de García Moreno, yo de buena gana le hubiera dejado la vida al gran tirano".

En la segunda de sus **Catilinarias**, que con extraordinario éxito literario y financiero dió a la publicidad en Panamá en 1880, gracias al general Alfaro y a su socio José Miguel Macay, escribió de nuevo Montalvo a propósito de García Moreno, comparándole ligencia, audacia, ímpetu; sus acciones atroces fueron siempre con-con Veintemilla: "Don Gabriel García Moreno fué tirano: intesumadas con admirable franqueza; adoraba al verdugo; pero aborrecía al asesino. Ignacio Veintemilla no ha sido ni será jamás tirano: la mengua de su cerebro es tal, que no va gran trecho de él a un bruto. Su corazón no late: se revuelve en un montón de cieno. Sus pasiones son las bajas, las insanas; sus ímpetus, los de la materia corrompida".

En subsiguientes entregas de las **Catilinarias** seguirá refiriéndose a su antiguo compañero de destierro en esta forma: "Los bajos, los ruines, pero criminales, pero ladrones, pero traidores, pero asesinos, pero infames como Ignacio Veintemilla, no son ni tiranuelos; son malhechores con quienes tiene que hacer el verdugo, y nada más". "El primero soberbia, el segundo avaricia, el tercero lujuria, el cuarto ira, el quinto gula, el sexto envidia, el séptimo pereza: ésta es la caparazón de esa carne que se llama Ignacio Veintemilla". "En casa del fondista Bonnefoi, en París, pedí una vez albaricoques. Ignacio Veintemilla me estaba tratando de bruto con los ojos. "Hombre —dijo al cabo de su admiración—, usted nunca ha de ser nada"; y pidió estofado de liebre por postres. Había comido res, carnero, gallina, pato, pavo, conejo; raya, salmón, corbina; ostiones, ostras, cangrejo, y de postres pide liebre; ¿hay animal estrafalario?".

Del general Urbina escribe lo siguiente: "El talento de Urbina ha sido flor venenosa. Ha sido porque ya no existe: libertinaje, embriaguez, prostitución de mil maneras y en mil formas, la marchitaron tiempo ha, la echaron al suelo. Sin Urbina, sin la traición a la patria y al partido liberal, sin su falange de leprosos antiguos, Ignacio Veintemilla, cargado de una fanega de cebada, estaría yendo al molino cada día". "Urbina no robó cuando fué Presidente, y se ha arrepentido de su probidad pasada: hoy roba por hoy,

por ayer y por mañana. Roba con descaro, con torpeza, pues su jefe y cómplice, para robar sin miedo él mismo, deja robar a todos".

Acerca del ex Presidente Borrero: "Todo en él es ridículo. Hizo acto posesivo de su empleo con más de diez revolcones por el camino, en tanto que llegaba a la capital de la República. Montaba, y eso a yegua; la primera vez que le fué preciso apretar entre las piernas un alazón brioso, se vino al suelo de narices". "El decoro nos salva de la ridiculez. Julio César, cosido a puñaladas, no piensa sino en morir decorosamente: estira la esquina de su manto, se cubre como rey, y va a caer en postura decente a los pies de la estatua de Pompeyo. ¡Así procuraran cubrirse todos los que ruedan por el suelo a los embates de la suerte, y no mostraran, como adrede, las reservas del cuerpo, para que su derrumbamiento cause risa! Un presidente de los nuestros no es un emperador romano: mas no por esto se ha de poner a dar zapatetas en el aire, de medicar abajo desnudo y de medio arriba vestido".

Cuando alguien se quejaba diciendo: "Ya molestan tantos insultos", dijo el escritor en su octava **Catilinaria**: "Tras el que parece insulto, el lector contemplativo no descubre sino el crimen acosado, el vicio escarnecido, la moral triunfante, las leyes divinas y humanas puestas en cobro y adoradas por su belleza y santidad. La ironía delicada es para culpables delicados: Alcides se va tras Caco, y alcanzándole no le da a entender, con finos circunloquios, que es ladrón; levanta su clava y le fracasa el cráneo. Para un malhechor ordinario, más que ordinario, bestial, sería fuera de tiempo y lugar la sal ática con que el dulce Andocides pudiera zaherir al brillante Alcibíades. Yo también, si las hubiera con Napoleón el grande, procurara gastar la pimienta de Horacio: para irme sobre jayanes y ladrones, el lenguaje de Teseo".

Como hasta su destierro de Ipiates le llegaran amenazas y libelos, hechos publicar en contra suya, comentaba: "He desollado verdugos, he desollado pícaros, he desollado ladrones, he desollado traidores, he desollado agiotistas, he desollado indignos, he desollado tontos mal intencionados y, gracias a Dios, a justo título **soy un monstruo**. A mí también me han desollado, con mano torpe, inhábil; pero yo no dejo mi piel: me la echo al hombro y, como San Bartolomé, salgo muy fresco, porque un rocío celestial me baña en lo vivo y destruye los ardores de esa inmensa llaga".

* * *

En contraste con el estilo del fustigador, hay en las obras de Montalvo un alto espíritu de conmiseración hacia los humildes y los explotados, que complementa su crítica justificada a la fal-

sedad religiosa; y tratándose de comidas frailunas, frases rebosante de clásico humorismo. Sirvan de modelo las siguientes selecciones:

"Entrando adonde molían la caña quedé aterrado: los negros, medio desnudos, estaban todos con mordaza. Debí de haberme puesto pálido: pregunté allí qué significaba eso, y vine a oír que era para que no chupasen una caña; una caña de los mares de esa planta que ellos regaban con el sudor de su frente. El estómago vacío y sediento, el pecho encendido con el fuego del clima, la naturaleza estaba exigiendo vivamente un bocado de aquel zumo bienhechor; y refrigerio tan abundante, tan fácil, imposible para esos desdichados. ¡Gran Dios! ¿son hombres, son fieras los ricos?"

Más adelante: "La desigualdad de las clases sociales, a despecho de la Revolución Francesa, es todavía clamorosa en todo el mundo. El hambre del espíritu, la desnudez de la inteligencia son desdichas tan grandes, por lo menos, como el hambre y desnudez del cuerpo. Que todos sepan leer y escribir es tan necesario, como el que todos tengan un plato de comida y un trapo con que cubrirse. Esta, esta igualdad es la que deseamos, y la que hará la felicidad de los hombres algún día".

Sobre los falsos religiosos del gran mundo reaccionario: "Guardan abstinencia de viandas en tórnos y vigiliás, pero no de mujeres ajenas; pagan diezmos y primicias a la Iglesia de Dios, y despluman al prójimo a la vuelta de una esquina, o dejan en la calle a la viuda sin amparo; oyen misa cabizbajos, ojicerrados y están pensando en el enredo con que se proponen desnudar a huérfano; confiesan y comulgan jueves y domingo, y se hartan lunes y martes de difamación y calumnia; acompañan al Santísimo, con un farol en la mano, y acaban de matar al moribundo con una mirada llena de mala intención a la alcoba de su esposa".

Refiriéndose al yantar de un tonsurado: "¿Es mala, por ventura, la vida que se da el hijo de la catedral? Su primera refacción es un buen porqué de caldo de gallina, en cuya superficie están yendo y viniendo esos ojos dorados que acreditan la pingüidad del ave doméstica. Tal cual desportillón de pechuga nada de una parte a otra, a manera de restos de un naufragio, y choca por ahí con la molleja que le sale al paso como torpedo alevoso. Esto no le aterrera a su señoría; antes con buen talante y ánimo varonil alza el recipiente de su café de gallina, y con soberbio desdén por la cuchara, da buena cuenta de su contenido. La circunferencia de la taza no es la del cráter del Vesubio; mas sí será como el disco de la luna llena; y no tan profunda que no puedan bucear en ella dos o tres dedos del santo hombre, si a dicha sucede que se va a pique la pata del pollo, que le gusta más que la capucha del pescuezo".

Por tercera vez en Europa, a principios de 1881, inicia los arreglos para publicar sus **Siete Tratados**, que aparecen a la postre en 1883, cuidadosamente impresos por el editor M. Jacquin, de Besanzón. En esta obra había trabajado Montalvo en su retiro del campo y en Ipiales, con empeño y dedicación de verdadero artífice, sin textos, sin diccionarios, sin libros de consulta. Habría de ser su obra maestra, en la que puso tan amoroso cuidado como en los **Capítulos que se le olvidaron a Cervantes**.

He querido hacer estas referencias para que se comprenda hasta qué punto sentía don Juan —siendo un consumado literato— la necesidad de darse por entero al movimiento revolucionario de su patria. En ese mismo año de 1883, cuando ya los originales estaban en la imprenta, recibe informes de que Veintemilla se desmorona, al empuje de la rebelión liberal, encabezada por Eloy Alfaro y por otros jefes dignos de tal nombre. Piensa entonces en su regreso inmediato al Ecuador, y escribe sin demora a su amigo Rafael Portilla:

"Felizmente he podido hacer un arreglo con el impresor, quien conviene en esperar; pero quedan inconclusos los **Siete Tratados**. Queden, pues, como quiera; nada es antes que la suerte de la República. Ojalá llegara yo a tiempo para coger allí al malhechor; la horca quedaría de ejemplo para los malvados de su linaje". Pero no recibe el dinero que esperaba de su financiador don Miguel Macay, y sus amigos no hacen esfuerzo alguno para facilitar su viaje, preocupados como están con la revolución y la política. Esta falta de interés por su regreso, esta indiferencia o este olvido, producirán una nueva decepción en el espíritu sensible del luchador sin fatiga, que ha dedicado lo mejor de varios lustros a la libertad ecuatoriana.

Meses antes varios admiradores suyos habían puesto en manos de don Eloy Alfaro—por quien guardó siempre Montalvo excepcional estimación—, los fondos necesarios para que el ya célebre escritor pudiera editar en Francia sus obras literarias. El señor Alfaro—según escribe Vásquez Hurtado—por la urgencia de recursos para emprender sin demora la campaña contra Veintemilla, no tuvo más remedio que disponer de aquel dinero. Cuando Montalvo se informó de lo acaecido, no tuvo gesto ninguno de desaprobación ni de inquietud por la suerte de sus obras. Contestó, sencillamente: "Yo aplaudí ese noble gesto. La libertad primero que la literatura".

Si en periódicos de Chile, Colombia, Venezuela y el Perú encomiábase la labor del estilista y del patriota; si Miguel Anto-

nio Caro, Rufino José Cuervo, Jorge Isaacs, Adriano Páez y otros varones esclarecidos de diversas repúblicas americanas, lo enaltecían fervorosamente en este lado del Atlántico; si ya en años anteriores Lamartine y Víctor Hugo no le habían escatimado elogios, en cartas personales o en públicos escritos, tan pronto los **Siete Tratados** se comenzaron a distribuir y saborear, Campomanor, Núñez de Arce, don Juan Valera, doña Emilia Pardo Bazán, Emilio Castelar, Leopoldo Alas, rindieron a Montalvo los homenajes que merecía por esa magna obra, mientras desde Italia Edmundo d'Amicis lo saludaba con emoción, y el historiador César Cantú le escribía para decirle "honra de su patria y del género humano".

Sobre los **Capítulos que se le olvidaron a Cervantes**, publicados después de la muerte del genial autor, Rodó asegura que ese libro extraordinario "es la más durable estatua de Cervantes, labrada con la unción que un artífice devoto pondría en cincelar una imagen sagrada". Allí la lengua de Castilla en todo su esplendor arcaico; y como en los **Siete Tratados**, sobria elegancia, impecable dominio de frases y vocablos, clasicismo el más puro y sabroso en cada página.

* * *

Sin embargo de ser los **Siete Tratados** alta y generosa obra, ética y estéticamente hablando, que no se hubieran negado a firmar los más preclaros ingenios católicos de cualquier país de nuestro idioma, el Arzobispo de Quito, Monseñor Ignacio Ordóñez, lanzó contra el libro y contra Montalvo rencorosa pastoral, que debería leerse desde el púlpito en todas las iglesias, porque ese volumen no era otra cosa que "nidada de víboras en cesto de flores"; y porque Montalvo, según Ordóñez, "dobla la rodilla ante nuestro adorable Redentor, pero es para darle sacrílegas bofetadas en su rostro divino".

Fuera de sí por la tremenda injusticia de aquella execración, escribió don Juan desde París su fulminante **Mercurial Eclesiástica**, en la que el intransigente mitrado se vino a ver—como diría el propio Montalvo—"de medio abajo desnudo, dando zapatetas en el aire".

No había razón, en realidad, para que el Arzobispo de Quito pretendiera inferirle agravio a uno de los más ilustres y celebrados pensadores de su patria, menos aún señalándolo como enemigo de la ideología cristiana. En los **Siete Tratados** se habla de diversos tipos de mujer, con especial delicadeza y devoción hacia las de diversas capitales de nuestra América; hace Montalvo un encendido elogio de la nobleza, en su sentido intrínseco; se refiere

a las características del genio; exalta la memoria de los héroes, dedicándole a Bolívar frases inmortales; ofrece interesantes comentarios acerca de reuniones y convites, en lo que él titula "Los banquetes de los filósofos"; escribe, por fin, aparte de muchos otros temas, sobre la belleza en el género humano; y aun cuando es verdad que aparece en esas páginas la "Réplica a un sofista pseudo-católico", en cuyo final da su merecido a un siervo de Dios impío, que negó cristiana sepultura a su hermano Carlos Montalvo, también es cierto que hay otros episodios bellísimos del escritor, como **El Cura de Santa Engracia**, en donde podrá verse cómo la misma pluma "hereje" que pintó con merecidos colores al clero anticristiano, supo enaltecer al sacerdote bueno, evangélico, limpio de cuerpo y alma, pobre y humilde como el santo de Asís:

"¡Señor cura, señor cura!"—dice al de Santa Engracia una mujer atribulada: "anoche han botado este niño en mi casa: yo no puedo criarle: voy a echarle en la calle".

"¡Bárbara!, en la calle... ¿Sabes lo que dices? Yo tengo madre: ella le tomará a su cargo: déjamele". Y apoderándose de la inerm criatura corrió para adentro gritando: "Señora, señora madre, Dios nos envía un huésped. Los niños son bendición del cielo: crímele vuestra merced como me crió a mí mismo."



Un día se entró por las puertas del cura una pobre mujer bañada en lágrimas: "Señor cura, mi marido se muere; ni sé qué hacerle, ni tengo para un medicamento; favorézcame". El cura tomó su capa, su bastón nudoso, y salió con la mujer. "Don Pedro, dijo, inclinándose sobre el moribundo, ¿qué tiene?"

"Me muero, señor cura, me muero; confesión, misericordia". Confesóse el párroco, y una vez absuelto el agonizante, dijo: "El alma está segura: ahora tratemos de salvar el cuerpo". Salió volando, tomó de su botiquín las drogas que le parecieron venir al caso, propinólas en persona, y se estuvo a esperar el efecto de ellas. Como no hubiese mejoría, pasó la noche a la cabecera del paciente, el cual expiró por la madrugada.

"Señora Rosa, dijo a la mujer, yo sé que ustedes no tienen nada: el Señor es misericordioso; ocúpese usted en llorar a su marido; lo demás corre de mi cuenta". Y fué así: mortaja, ataúd, entierro, todo lo dió y lo hizo. Al otro día, misa fúnebre, con cuanto solemnidad pudieran ofrecer los paramentos y arbitrios de la aldea.

"Mientras dura lo intenso del dolor, señora, no tendrá usted ánimo para buscar el pan de sus hijos; gaste estos reales; si le faltan, venga al convento". Iba a salir, y volviéndose de la puerta, preguntó: "¿Los niños siguen frecuentando la escuela?". —"Dos meses antes de la enfermedad de su padre, respondió la viuda, ya no iban: nos llegó a faltar la mesada".—"Que vuelvan, señora Rosa; yo la pagaré". Y salió y se fué, llevando un santo dolor en el corazón.

"Señor cura, vengo a concertar los derechos: mi suegra murió esta mañana".—"Ustedes no son pobres, respondió el cura: ¿puedes ceñirte al arancel?".—"Una rebajita, señor cura".—"Da lo que quieras, hijo; yo no busco sino el pan de cada día".

* * *

Después de su réplica al Arzobispo Ordóñez, y de algunos nuevos ensayos que le solicitaban periódicos de América y Europa, dió todavía a la estampa **Geometría Moral** y varias entregas de **El Espectador**, revista personal suya que redactaba en París, recordando las que tuvo en Quito. Estas fueron las últimas producciones de don Juan Montalvo, cuya vida se extinguió el 27 de enero de 1889, vestido de etiqueta, en un pequeño cuarto piso de la capital francesa.

Quería flores, quería sol, y la nieve azotaba las ventanas. Un pobre ramillete le llevaron: claveles y rosas de invernadero. ¡Cómo pensaría entonces en sus jardines de Ambato! ¡Y cómo, aún despierto, antes de cerrar los ojos para siempre, soñaría en aquel triste aposento con la luz ardorosa de los trópicos y con las montañas gigantescas de su lejana patria!

En **Los Proscritos** había trazado estas dolientes líneas: "¿Cuándo volveré? ¿he de morir en el destierro? ¿una sepultura prestada ha de recibir mis huesos?". ¡Sepultura prestada recibió sus huesos, que durante varios años reposaron en suelo francés, hasta que fueron llevados a la heroica ciudad liberal de Guayaquil!

Posteriormente, en el primer centenario de su natalicio, el pueblo y el gobierno ecuatorianos rindieron tributo emocionante a los despojos de Montalvo, reverenciados en las más importantes ciudades del país. Podría afirmarse que se pagó una deuda,

que se hizo un homenaje-desagravio al Montalvo que escribió como Cervantes; pero también, y sobre todo, al hombre que supo vivir y bregar, en su tierra y fuera de ella, como todo un señor don Quijote de carne y hueso. Desde esa fecha histórica, desde el 13 de abril de 1932, descansan sus cenizas en Ambato, que recibió y guarda en su fecunda entraña al hijo crecido y forjado al pie del Tunguragua.

Pero ya no es cuestión de que nos inclinemos en América ante lo corruptible material de nuestros grandes muertos. Lo importante, lo trascendental, lo imprescindible es que su obra se difunda, que sus ideales se mantengan, que su espíritu siga iluminando a nuestros pueblos.

Pocos símbolos tan apropiados como la figura de este infatigable luchador, a ciento catorce años de su cuna y cincuenta y siete de reposo—sin que la distancia en el tiempo nos divida—, para que en la magna confusión que sufre el mundo, en estos años trágicos de la postguerra, tenga buen modelo a seguir la juventud del Continente.

Pocos ejemplos como el suyo en esta hora difícil, por lo que Montalvo significa, por lo que fué y sigue siendo en la historia luminosa del pensamiento americano, puesto al servicio de lo que hoy suele llamarse democracia, cuatro libertades, dignidad del hombre.

* * *

¡Dignidad del hombre! He aquí la idea central del gran escritor ecuatoriano. Por esa dignidad luchó en su vida. Y por esa dignidad esperó a la muerte en traje de etiqueta, con un ramo de flores en las que invirtió, tal vez, sus últimos centavos de patriota en el exilio.

No concebía Montalvo que el hombre culto fuese indigno. Menos aún el de letras. Pudo así contestar: "Mi pluma no es cuchara", a quien pasándole la mano por la espalda, con ánimo de llevarlo por donde él no estaba dispuesto a transitar, en cierta ocasión le susurró al oído que su talento de escritor era un tesoro.

Todo un carácter pintado en cinco vocablos, que ojalá hubiesen sido escudo y bandera de nuestra clase intelectual: "Mi pluma no es cuchara".

¡Ni cuchara para beneficio de los poderosos! ¡Ni cuchara para provecho de menguados intereses! ¡Ni cuchara para el propio medro! ¡Ni cuchara, en suma, para los amos y los cómplices criollos del capital monopolista extranjero, que inmisericordemente han hecho tabla rasa en las repúblicas hispanoamericanas!

Sea esa, por lo menos, la lección de Montalvo. Y por seguirlo, volvamos a hombres de su talla; al **pensamiento intelectual**—si cabe la expresión—y al **pensamiento moral** de nuestros próceres; a su conciencia insobornable; a su profundo sentido de la dignidad humana.

Volver a ellos como modelo y como guía, es armarnos y fortalecernos para no sucumbir en el caos que remueve otra vez los viejos odios, las ambiciones, el afán de conquista de los poderosos, después de una hecatombe indescriptible de horror y de barbarie.

Comprenderlos e imitarlos será lo único que nos eleve, hoy y mañana, a un sitio de excepción en la monstruosa historia de la humanidad del siglo veinte. ¡Trágica historia, degradante, dolorosa, escrita con la sangre de millones de cuerpos aplastados y de vísceras deshechas!

¡Que en la tortura contemporánea de la raza humana; en la violación de los tratados; en el desconocimiento de lo que hace poco se ofrecía y se predicaba, como señuelo de libertad y de justicia; en lo que estamos viendo y en lo que más adelante pueda suceder; en el crimen, el atropello y la matanza de una nueva guerra —con la inspiración de nuestros altos valores ejemplares—, no acepte ni ocupe lugar la América Española!!

Vicente Sáenz

México, D. F., agosto de 1946.

NOTAS INFORMATIVAS DE LA SOCIEDAD BOLIVARIANA

CONTACTO CON DIVERSAS ORGANIZACIONES FRATERNALES

Después de los actos públicos celebrados en el 163º aniversario del natalicio del Libertador; de la inauguración de su estatua ecuestre a la entrada del Bosque de Chapultepec; de la edición del primer número de la "Revista Bolivariana", que se ha estado distribuyendo en forma selecta y cuidadosa en todo el Continente; después, en resumen, de sus primeras actividades, nuestra Sociedad ha seguido en contacto con las demás Bolivarianas de América y con otros institutos culturales, cuyos postulados son más o menos semejantes a los de nuestro ideario.

Aparte de las comunicaciones postales y telegráficas que hemos tenido con las de Venezuela y de Nueva York, se otorgó credencial a la señora doña Mary B. de Urquidí, miembro de nuestro Comité Femenino, para que llevase a Colombia la representación de la Sociedad Bolivariana de México.

Hemos recibido, por otra parte, la muy grata visita del doctor don Isidro Antonio Beluche, Secretario Perpetuo de la Sociedad Bolivariana de Panamá, quien desde hace algunos días se encuentra de visita en esta capital.

EL LICENCIADO PORTES GIL, NUEVO CONSEJERO

A los directivos de la Sociedad Bolivariana de México debe agregarse el nombre del señor licenciado don Emilio Portes Gil, ex Presidente de la República, Presidente del Ateneo Nacional de Ciencias y Artes de México y Presidente, además, de la Fraternidad de América. Las actividades de esta última asociación coinciden fundamentalmente con las de la Bolivariana, de tal manera que se hará un trabajo conjunto.

MAS LIBROS PARA LA BIBLIOTECA

No sólo recibimos el lote de libros obsequiados por el Gobierno de Costa Rica, y contamos con las cinco cajas de volúmenes

que ya están en Veracruz, procedentes de Venezuela, sino también con 56 obras selectas enviadas de Guatemala por la Tipografía Nacional.

En carta sobre el particular, del 31 de julio próximo pasado, se explica al Secretario General que esos libros se envían por instrucciones precisas del señor Presidente Arévalo, como demostración de especial aprecio y simpatía al movimiento de nuestra entidad.

Con el fin de ordenar todos esos volúmenes, a reserva de conseguir más adelante un local definitivo, se hacen ya los arreglos necesarios para depositarlos, numerarlos y conservarlos en el sitio más adecuado que, provisionalmente, pueda subarrendarse.

MOVIMIENTO CULTURAL

El lunes 5 de agosto de 1946, la Agrupación Cultural de Acción Social —formada por los Presidentes y Vicepresidentes de las asociaciones científicas de México—, dedicó su reunión-comida de ese mes a la Sociedad Bolivariana.

Presidió dicha asamblea el doctor don Enrique González Martínez, quien tuvo frases de encomio para la obra de orientación y de alta cultura que actualmente se realiza en México. De acuerdo con el programa habló a continuación el doctor don Alfonso Pruneda, miembro de nuestro Consejo Ejecutivo y Secretario Perpetuo de la Academia Nacional de Medicina, sobre la importancia de la mujer en la vida profesional mexicana.

“Necesidad de volver al pensamiento de nuestros próceres”, fué finalmente el tema que desarrolló el escritor don Vicente Sáenz, haciendo un paralelo y una exposición de los idearios de Bolívar y de Morelos, que se han podido realizar al transcurrir los años en varios países de nuestra América, gracias al impulso de otros hombres superiores como Juárez, Morazán, José Martí, etc.

Pudiera decirse que para continuar esa plática, tomando de modelo a nuestros grandes hombres de letras, desarrolló el profesor Sáenz este otro tema: “Actualidad y Elogio de don Juan Montalvo”, en la sesión de la Academia Nacional de Historia y Geografía, del 23 de agosto en curso, trabajo que se reproduce en las páginas anteriores.

Así cumplimos con el artículo segundo de nuestro Estatuto, en el cual se establece la celebración de “actos cívicos y culturales de todo género, que mantengan siempre encendidas la veneración y la gratitud de las nuevas generaciones hacia los próceres de América, tanto de la espada como de la pluma”.

DETALLES DE TESORERIA

Para toda esta labor hemos contado con la buena voluntad de nuestros consocios, quienes en la medida de sus posibilidades han ido cubriendo sus cuotas anuales. Hasta la fecha se han recibido aportaciones, que corresponden al período 1946-1947, de las siguientes personas:

Don Eduardo Villaseñor; Prof. Vicente Sáenz; don Carlos Landa; Lic. Juan José Meza; Ing. Félix F. Palavicini; don Julián Soler; Lic. José M. Quintana; Lic. César González; Prof. Carlos Pellicer; Lic. Arturo Arnáiz y Freg; Prof. Miguel A. Quintana; doctor Francisco Castillo Nájera; doctor Antonio Arellano Moreno; escultor Rómulo Rozo; general Francisco L. Urquizo; coronel José Asensio Menéndez; don Eduardo de León; coronel Martín F. Bárcenas; Lic. Julio Jiménez Rueda; Prof. Jesús Silva Herzog; general Tomás Sánchez Hernández; escultor Manuel Centurión; Embajador don Roberto Arzú Cobos; doctor Héctor Pérez Martínez; doctor José Prado Romaña; Lic. Manuel Tello; don Antonio Manero; doctor Bolívar Paredes Zarama; Embajador don Juan Jones Parra; doctor Salvador Zubirán, Rector de la Universidad; mayor Santiago Ochoa Briceño; don Carlos Casabianca.

De los socios mencionados son miembros patrocinadores, de acuerdo con el Estatuto, por haber hecho el encomiable esfuerzo de cubrir la cuota mínima de \$250.00 (doscientos cincuenta pesos): don Eduardo Villaseñor; el general don Francisco L. Urquizo; el general don Tomás Sánchez Hernández; el Embajador de Guatemala, don Roberto Orzú Cobos; el Embajador de Venezuela, coronel don Juan Jones Parra; el Rector de la Universidad Nacional Autónoma, Dr. don Salvador Zubirán; y el Cónsul General de Colombia, don Carlos Casabianca.

Conseguimos, además, que las Secretarías de Relaciones Exteriores, Educación Pública y Hacienda, tomasen cantidades regulares de nuestra revista, con lo cual no sólo nos ayudan en la distribución, sino también en cubrir una parte del alto costo de papel e imprenta.

Pero nada de eso hubiera podido lograrse sin el respaldo del Tesorero don Eduardo Villaseñor, y sin la eficiencia verdaderamente extraordinaria del Subtesorero y Subgerente del Banco de México, don Waldo Morali, a quien en esta forma desea expresar públicamente su agradecimiento nuestra organización.